

sentíais un rumor arrastrado que se aproximaba por el zaguán». Así nos lo dice objetivamente Koenenkampf; pero este objetivismo está casi siempre superado por una nota poética, nostálgica, que le releva del mero realismo. En tales aspectos, alcanza a veces su prosa elevación poemática: «Por este segundo patio me iba otra vez diagonalmente, ahora hacia la derecha, hacia el fin de él, y me detenía junto a una ventana de rejillas labradas, donde, empujando un poco de mi exigua estatura, podía contemplar al fin, tras los vidrios exudados, el perfil de una mujer reclinada contra unos altos almohadones. ¿Estaría durmiendo aún, en la friolenta mañana de invierno? No; porque al cabo volvía lentamente el perfil hacia la ventana y una mano, salida de la tibieza de la sábanas, acababa por descorrer enteramente los visillos y dejaba ante mis ojos la imagen aurea y madrileña de una joven como de diecinueve años...»

Como vemos por las frases preinsertas, la prosa de Koenenkampf tiene una grata suavidad, dentro de un tono menor que le aleja del adorno recamado y de la sencillez chabacana. Bastante correcta, ella es la expresión de que nuestro autor trabaja a conciencia, con honradez artística, disciplinado intelectualmente por el estudio y la observancia.—MILTON ROSSEL.

<https://doi.org/10.29393/At172-223GKAV10223>

ALEJANDRO VENEGAS (Dr. J. Valdés Cange), por *Enrique Molina*.—Editorial Nascimento, Santiago

Nadie más señalado que don Enrique Molina para tomar de la mano y traer hasta la luz de la actualidad, la figura olvidada de Alejandro Venegas. Al revés de Virgilio con Dante, es ahora el gran pensador vivo el que pasea a través del purgatorio de nuestra realidad, al espíritu del gran pensador muerto.

El, don Enrique Molina, le conoció y convivió con el autor de *Sinceridad*. Conocía bien la sinceridad de los actos, de los sentimientos y pensamientos del hombre que, a despecho de in-

comodidades y adversidades grandes, y sin contravenir, en su ardua empresa, a sus deberes de educacionista, se hizo, precisamente, el deber ciudadano de plantear ante la opinión directiva de su país, el problema vital del país mismo: el problema económico-social.

Un problema económico social, de índole moral. Con un valor y un sentido humanos, netamente humanos, sin tendencias ni premeditadas ideologías, Alejandro Venegas, constreñido por sus obligaciones puntuales y hostigado por adversarios, sacrificó sus posibilidades de educacionista selecto y de escritor de altas esperanzas, para afanarse en el estudio de los males que aquejaban a nuestra sociedad y a nuestro pueblo. Miró y remiró, y se documentó de un extremo al otro del país. Según él—nos copia don Enrique Molina de las cartas dirigidas por Alejandro Venegas a don Pedro Montt—, la falta de moral era entonces el peor síntoma de la sociedad enferma; era, «más que un síntoma la enfermedad misma». Una sola y misma enfermedad, que se manifestaba arriba, en prevaricaciones, caídas, robos y prostitución, etc., por temor a la pobreza, y abajo, en la estúpida resignación a la muerte miserable. Todo por cobardía moral.

Es la misma enfermedad actual, con trascendencias y efectos económico-sociales, expuesta hace treinta años, a la conciencia del país. Enfermedad que ha afectado de preferencia y por consecuencia, a nuestro pueblo miserable. Más adelante, en *Sinceridad*, se dirige al Excmo. don Ramón Barros Luco: «Quisiera contar—dice—con el espacio suficiente para llevaros a la miserable habitación de un hombre del pueblo, y mostraros su vida con su mujer y sus hijos, tal como yo he tenido oportunidad de verla por motivos de mi profesión, y entonces comprenderíais lo grosero del sofisma con que se disculpan los magnates de su indolencia, cuando dicen que el obrero es desgraciado porque es vicioso, y os convenceríais de que en realidad es vicioso porque es desgraciado, porque, por más que trabaja, las

necesidades no desalojan su cuarto humilde, porque necesita estímulo para sus nervios extenuados, porque necesita distracciones y no las encuentra honestas más que a un precio que él no puede pagar».

A esa crítica de nuestra enfermedad social formulada por Alejandro Venegas, sugería en sus obras los remedios a su parecer necesarios, los que, por cierto, no se aplicaron ni tomaron en cuenta, así como se tomaron muy en cuenta, indirecta y arbitrariamente, sus críticas, para zaherirle y condenarle.

Nosotros, lo confesamos, no hemos leído las obras del Dr. J. Valdés Cange; y sólo ahora, a través de las reveladoras páginas de este ensayo, tenemos la suerte de formarnos idea y conciencia de su personalidad, de alcances apostólicos y proféticos. Don Enrique Molina, hombre de justicia, de sabiduría y de amistad, nos presenta aquí, con su inalterable claridad de estilo—en ese estilo con que aborda las más oscuras filosofías—ante nuestro conocimiento y admiración, la figura superiormente humana del autor de *Sinceridad* y *Cartas al Excmo, don Pedro Montt*.

Con sólo lo expuesto del estudio que anotamos, de don Enrique Molina, estamos en todo de acuerdo con él respecto al valor, a la pureza y al desinterés, amén del valor como eventos que le merecen a su opinión la obra y la persona misma de Alejandro Venegas. En lo que no estamos de acuerdo es, precisamente, en su desacuerdo de mera forma con el apasionado autor de *Sinceridad*: pues nosotros creemos también, a la par del maestro muerto, que en cuestiones de apostolado social, sólo a fuerza de apasionamiento e irreductibles intransigencias se puede inculcar en los duros corazones el convencimiento místico que devenga alguna vez en dinámica acción redentora.

También Cristo fué un dulce apasionado.—GUILLERMO KOE-NENKAMPF.